

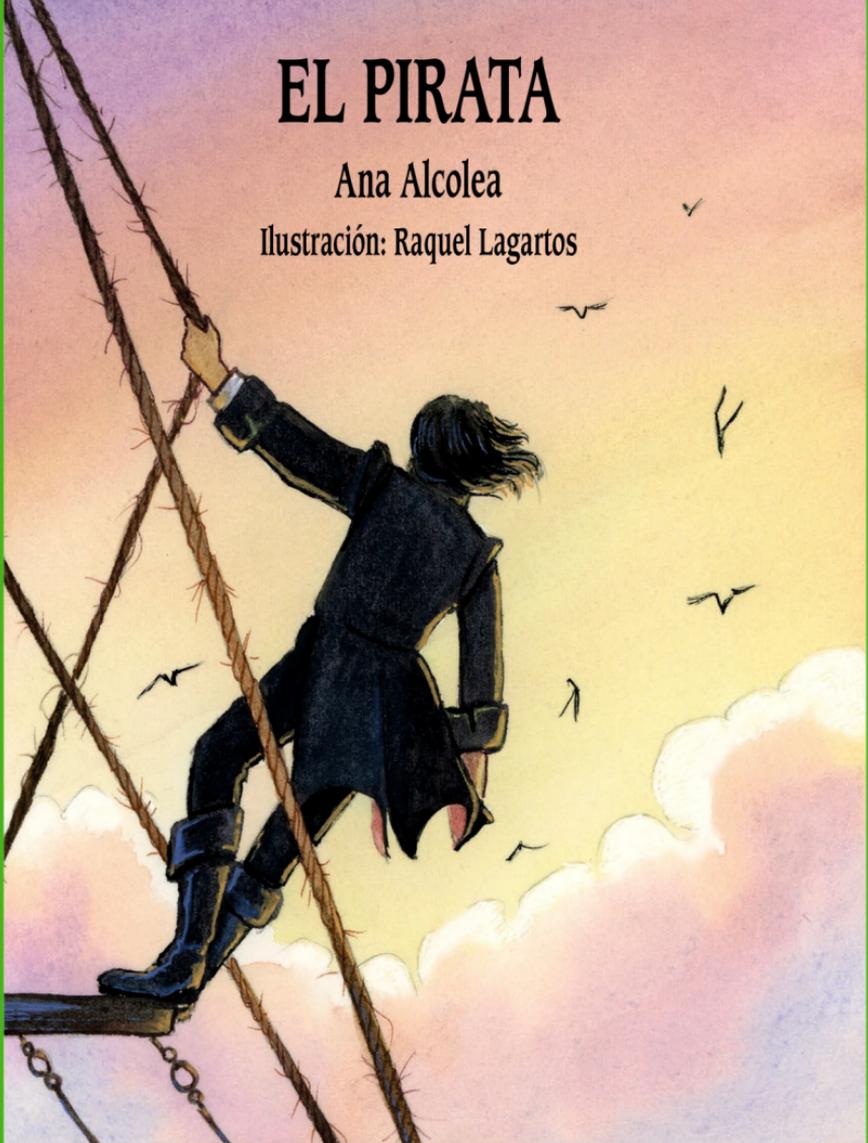


E L D U E N D E V E R D E

EL PIRATA

Ana Alcolea

Ilustración: Raquel Lagartos



ANAYA



EL DUENDE VERDE



*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y
actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra web.*

© Del texto: Ana Alcolea, 2024
© De las ilustraciones: Raquel Lagartos, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, febrero 2024

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-143-4039-4
Depósito legal: M-33916-2023
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Ana Alcolea

EL PIRATA

Ilustración: Raquel Lagartos

Q U E R I D O L E C T O R

Si no conoces la «Canción del pirata», del poeta español del siglo XIX José de Espronceda, ya es hora de que lo hagas. Por eso, en este libro, al comienzo de cada capítulo, te vas a encontrar con unos versos de ese poema que uno de los protagonistas se está aprendiendo de memoria.

Verás que en la historia se mezcla lo que le pasa a ese chico con lo que le ocurrió hace muchos años a su abuelo, que era marino. Y es que el abuelo conoció a un hombre muy especial y misterioso.

¿Sería un pirata? Pues eso lo irás descubriendo mientras te adentras en esta historia en la que hay muchos secretos que espero que rapten tu imaginación.

Te invito a que traspases
estas páginas y vivas una
aventura que no olvidarás
fácilmente.

A handwritten signature in black ink, consisting of a large, stylized initial 'A' followed by a cursive name, all resting on a long horizontal line.

*Para Pia Pierre,
que me contó la historia
de un naufragio en el mar de China.*

1

*Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín [...]*

EL CHICO repite una y otra vez los versos que la maestra le ha pedido que memorice para el festival del colegio. Los repite, pero siempre se equivoca en las mismas palabras. Dice «cien cañones», en vez de «diez cañones» y se atasca después de «velero».

—Es que «bergantín» no lo entiendo, y no se me mete en la cabeza.

—Pues búscalo en el diccionario y así te aprendes la palabra. No querrás recitar algo que no comprendes, ¿verdad?

—Dímelo tú, mamá, lo que quiere decir «bergantín».

La madre busca en la *app* de la Real Academia de la Lengua porque ella tampoco está segura de los detalles.

—Es un tipo de barco que... —empieza a leer.

—Vale, vale, mamá. Con eso tengo bastante. «Bergantín, bergantín, bergantín» —repite el chico

varias veces hasta que cree que se ha metido la palabra en la cabeza—. Ya está, «velero bergantín». No es tan fácil decir «velero bergantín». Con «velero» ya era suficiente. ¿Por qué los poetas lo complican todo tanto?

—Porque son poetas —responde la madre porque no sabe qué otra cosa puede decir. Ella tampoco sabe por qué los poetas son tan rebuscados con el lenguaje, al menos los antiguos. Ella siempre ha pensado que los poetas escribían para unas pocas personas, no para todo el mundo. También cree que los poetas de ahora son más fáciles de leer, aunque la verdad es que ha leído muy poca poesía y no sabe casi nada de poetas. Mientras ella piensa estas cosas y friega los platos, el chico vuelve a recitar los versos.

—«Con cien cañones por banda...».

—Diez, son diez cañones, no cien —le corrige su madre.

—Ay, que siempre me pasa igual. Digo cien y son diez. Quedaría mucho mejor que fueran cien —protesta.

—Cien cañones no caben en un velero bergantín, y menos a cada lado.

—Pero los poetas son unos exagerados. Pueden decir lo que les dé la gana. ¿No es así?

—Son exagerados, pero no mentirosos. Que no es lo mismo.

—Bueno, mamá. Lo dejo por ahora. Cien, diez, veleros, bergantines. ¿Qué más da? ¿Y qué más da aquel pirata? ¿Quién era el pirata? ¿A quién le importa que recorriera Europa, Asia y Estambul?

La madre seca los platos con un paño de algodón sin planchar que ha sacado de un cajón de la cocina. No le gusta planchar los trapos porque piensa que secan igual y que no hay que gastar energía en tonterías.

—¿Sabes una cosa? Cuando era pequeña, me encantaban las historias de piratas. Sobre todo las aventuras de Sandokán, el tigre de Malasia.

—¿Qué es Malasia?

—Es un país de Asia. ¿No te lo han enseñado en la escuela?

—No.

—Pues ya es hora de que sepas qué es y dónde está Malasia. Luego lo buscas en la bola del mundo del abuelo.

—Pero, mamá, esa bola es antigua y los países de ahora no son los mismos de antes.

—La Tierra sigue dando vueltas y el mundo sigue siendo el mundo aunque algunos trozos de tierra tengan ahora otros nombres. Yo creo que Malasia se sigue llamando igual.

—Debe de estar muy lejos.

—El mundo es muy grande —dice la madre, mientras termina de secar el último de los platos, que mete en el armario—. Y los piratas viajaban por todos los mares. Eran aventureros, gentes libres, sin ataduras. Su casa era el mar.

—Mataban, robaban y secuestraban. No eran muy buenas gentes, me parece a mí —replica el chico.

—Eso era en la realidad. En las novelas y en las películas siempre eran justicieros, eran los buenos y amaban la libertad para ellos y para los demás.

—Los libros están llenos de mentiras, mamá; no solo de exageraciones. —Arquea las cejas mientras dice esto.

—Los piratas eran los héroes en los libros.

—No me gustan los héroes, mamá.

—¿Y eso por qué?

—Porque nunca seré un héroe.

Su madre se acerca a él, lo rodea con sus brazos por detrás y le da un beso en la coronilla.

—Estas gafas se te están quedando pequeñas —le dice cuando ve que las varillas casi no llegan a la mitad de las orejas—. Te estás haciendo mayor.

—No quiero hacerme mayor.

—¿Por qué?

—Porque los mayores o son héroes o son unos perdedores.

—¿Quién te ha dicho semejante tontería?

—Nadie. Nadie me lo ha dicho. Lo digo yo, y ya está.

—Todos somos un poco héroes y un poco perdedores, ¿no te parece? Es así la vida. Sin más.

El chico mira a su madre sin entender del todo lo que quiere decir. Se da la vuelta y le da un beso en la frente.

2

[...] bajel pirata que llaman por su bravura el Temido [...]

EL ABUELO del chico había sido marino, y la madre guardaba viejos recuerdos de los tiempos en los que el joven Teodoro había surcado los mares en barcos mercantes, mucho antes de que ella naciera. Al chico le gustaba observar las cosas de su abuelo y preguntaba por ellas, aunque las respuestas casi siempre solo se las podía dar su propia imaginación.

Una de las cosas que más le llamaba la atención era el retrato de un hombre de rostro arrugado, con un pendiente de aro en el lóbulo de la oreja derecha y ropas como de otros tiempos. Posaba delante de un paisaje en el que se adivinaba un barco en cuyo mástil ondeaba una bandera pirata. El chico sabía que aquel hombre no era su abuelo porque se lo había dicho su madre y porque Teodoro había dejado el mar cuando se casó a los veinticinco años. También sabía que había sido su abuelo quien había pintado aquel cuadro, ya que estaba su firma, inconfundible, estampada en la

parte inferior izquierda, como en todos los demás cuadros suyos que había repartidos en la casa.

Y es que al abuelo Teodoro le había dado por pintar desde que se jubiló de su trabajo de taxista.

No obstante, aquel retrato del misterioso marino no se parecía en nada a lo que había pintado en los años de su jubilación. Los colores eran oscuros; y no solo por el paso del tiempo, sino que tanto el rostro, como las ropas y el paisaje destilaban una aura de melancolía que no se daba en los demás cuadros, siempre alegres, llenos de flores, de pájaros y de ríos llenos de vida. De los ojos de aquel hombre emanaba una mirada inquietante que ensombrecía todo lo que había a su alrededor. Dentro y fuera del cuadro. El dedo índice de su mano derecha parecía salirse del lienzo para señalar algo. Nadie sabía el qué.

La madre del chico había dejado el retrato en el mismo lugar en el que siempre lo tuvo su padre hasta el día en que murió; a un lado del sofá frente a la vitrina. Al principio, había pensado en bajarlo al sótano para dejar de verlo porque había algo en él que le disgustaba; no sabía decir el qué. De pequeña soñaba con aquel hombre y se despertaba envuelta en llanto sin recordar escena alguna de sus pesadillas. Había desechado la idea del sótano porque habría tenido que pintar la pared, debido a

la marca muy visible y poco estética que dejaría el hueco. El vacío era aún peor que el cuadro, y no tenía tiempo ni ganas de ponerse a pintar; así que había decidido dejar el retrato donde estaba y mirarlo lo menos posible.

—¿Quién sería ese hombre al que pintó el abuelo? —pregunta el chico cuando se levanta.

—Siempre preguntas lo mismo, y siempre te contesto igual. Debió de ser alguien muy importante para él porque lo conservó durante más de setenta años. Por alguna razón que nunca contó, le gustaba sentarse en ese sillón y contemplarlo.

—¿Setenta años?

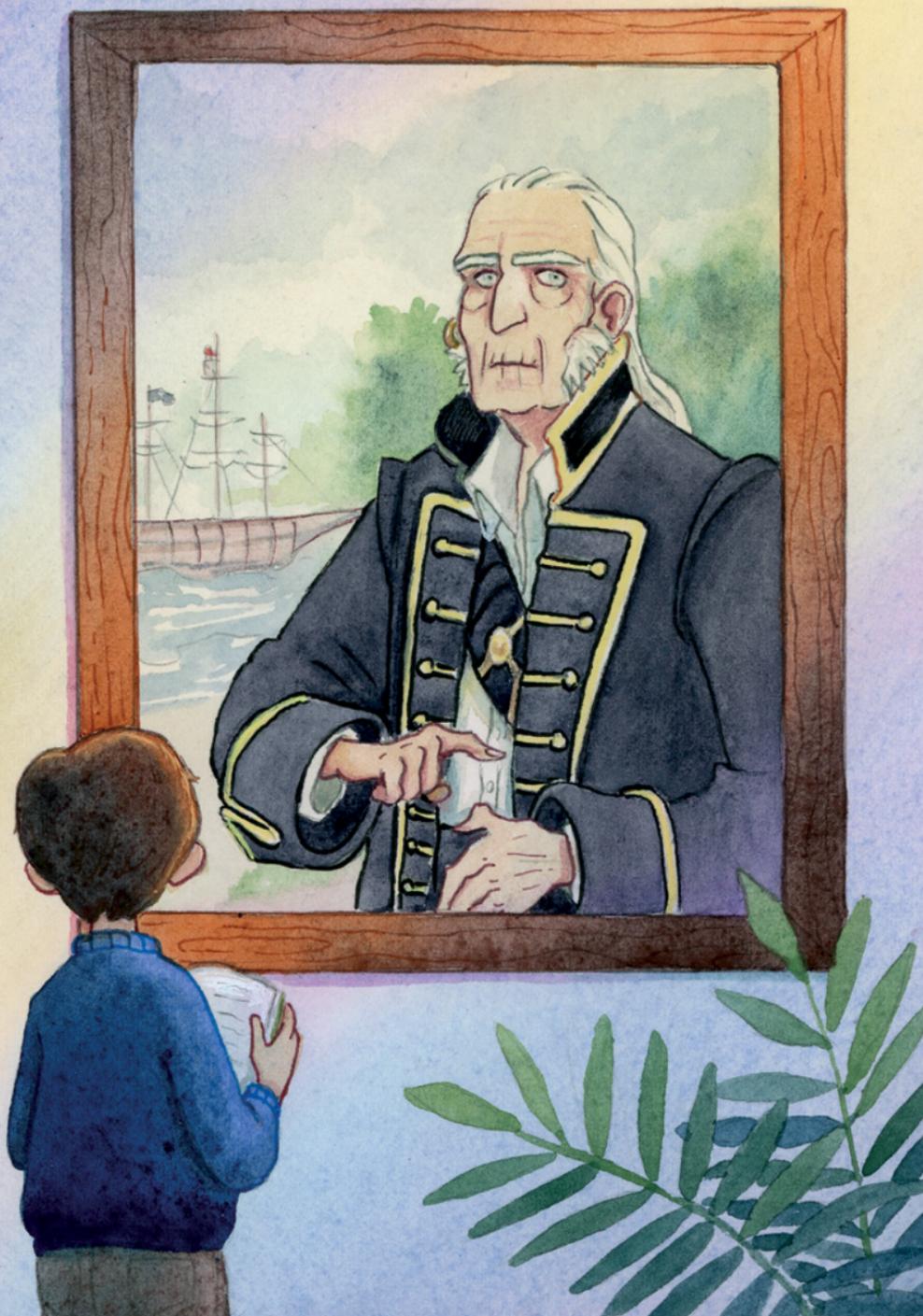
—Mira la fecha que hay al lado de la firma.

Efectivamente, la fecha decía 1944, y junto a los números se adivinaban los restos de una palabra que nadie había sido capaz de descifrar, y cuyos arcanos el abuelo se había llevado a la tumba.

—Papá —continúa la madre— murió en el año 2010. Ojalá os hubierais podido conocer más. ¡Eras tan pequeño cuando murió! Al menos pudo verte y tenerte en sus brazos. Eso lo hizo muy feliz.

—Me habría gustado preguntarle muchas cosas de su vida como marino.

—No contaba demasiado. Se guardaba aquella época para él solo, como si fuera su rincón privado y no lo quisiera compartir con nadie. Ni mi madre



ni yo pertenecíamos a aquella parte de su vida; tal vez por eso no le gustaba hablar con nosotras de ello. Le pregunté muchas veces quién era el hombre del retrato. Pero nunca me lo dijo.

—¿Y si era un pirata? Mira la bandera con la calavera y los huesos —exclama el chico mientras señala el fondo del cuadro. A lo mejor es el pirata de ese poema que la maestra quiere que aprendamos.

—Ese pirata de la poesía es del siglo XIX, de cien años antes de que el abuelo pintara a este señor.

—¿Y si los piratas vagaran errantes durante siglos como los de la película esa que tanto te gusta, mamá?

—Eso solo pasa en las películas, en los libros y en las leyendas, pero no en la realidad. Y este hombre es muy real. Aunque no sepamos su nombre, sabemos que es de verdad.

—¿Y nunca dijo el abuelo nada sobre él?

—Solo dijo que era alguien a quien conoció en sus tiempos de marino. Nada más. Ni siquiera explicó dónde lo había conocido.

—Yo creo que era un pirata —insiste el chico—. Voy a pensar en él para memorizar el poema. Seguro que si le pongo su cara al personaje, me aprendo mejor los versos.



EL DUENDE VERDE

Un muchacho trata de aprenderse la «Canción del pirata» de Espronceda, cuando se fija en el retrato de un marino que hay en su casa. Lo pintó su abuelo, y el niño está convencido de que es un pirata, quizá el de su poesía. A la vez, viajamos algunas décadas al pasado, para conocer al misterioso personaje inmortalizado en el cuadro.

Edad recomendada
para este libro:

A partir de 10 años

ISBN 978-84-143-4039-4



9 788414 340394

www.anayainfantiljuvenil.com

1571240

ANAYA